



## El consejo del Abuelo

Había una vez, un niño llamado Pedro. No era el mejor alumno de la clase, ni era el mejor jugador de futbol, tampoco era el mejor dibujante ni el mejor músico, pero Pedro tenía algo especial... y por ese algo especial, era tan querido por todos sus amigos.

Todo comenzó un día que Pedro iba caminando muy tranquilo con sus cuadernos y libros hacia su aula, era una linda mañana, su mamá le había preparado su desayuno favorito, pan con queso y dulce de leche con una taza de chocolate calentita. - ¡Hola Pedro! Le dijo Mariana, que llevaba un moño multicolor en su peinado, cuando de repente sintió un golpe en el brazo y todas sus cosas fueron a parar al piso. El otro niño quizás no se dio cuenta de lo que había pasado, pero Pedro estaba tan enojado que le dijo:

- ¡eh, Joaquín!... ¡fíjate por donde caminas!

Joaquín siguió caminando como si nadie le hubiese dicho algo, ignorando completamente a su compañero que esperaba una disculpa, creo que esto hizo enfurecer más a Pedro, así que fue corriendo y lo tomó del brazo fuertemente...

- ¡¿Qué no ves lo que hiciste?... ¡ Me tiraste todo!!
- ¡Déjame tranquilo! - Dijo Joaquín, con un tono seco y cortante.
- ¡Ya me levantas todo!...

Y antes que Pedro pudiera terminar, Joaquín le dio un empujón y le repitió: - ¡déjame tranquilo!!!

Esto fue demasiado para Pedro, el enojo se convirtió en furia, se olvidó de todo lo que había pasado hasta este momento, se olvidó del moño multicolor de Mariana, del delicioso desayuno que compartió con su madre, del tierno saludo de su padre que le había dicho - ¡que tengas un lindo día, y pórtate bien!!... ahora solo pensaba en su compañero, en sus libros en el piso, y en Joaquín que no le pidió perdón...

- ¡Me golpeaste!!!...

La furia lo había poseído por completo y casi con una lágrima en sus ojos, que estaban colorados como queriendo explotar, sintió como su mano derecha golpeaba el pecho de Joaquín, que inmediatamente perdió el equilibrio. El ruido fue estruendoso, tras el golpe, Joaquín se había estrellado contra los casilleros de chapa del pasillo, todos quedaron mudos, quietos, como si el tiempo se hubiese detenido. De repente se escuchó una voz gruesa diciendo:

- ¿Qué pasa aquí?!!!

Era el regente, dirigiendo una mirada inquisidora a Pedro, que seguía con su brazo extendido, su cara se había transformado pasando de la ira al pánico en un instante. Estaba buscando las palabras para explicar lo que había sucedido, eso es lo que el regente quería, una explicación. Pero... ¿cómo explicar esto?, tenía que decir algo antes que Joaquín lo acuse, pero no podía. Sabía que había hecho algo malo, y antes que pudiera pronunciar una palabra, escuchó a Joaquín decir:

- No pasa nada, me tropecé, eso es todo.
- ¡Bueno, Bueno!... dijo el regente golpeando las manos, - Sigán caminando que ya tocan el timbre.

Joaquín se levantó y se fue rápidamente a clases. Pedro quedó pensativo y durante todo el día hablo muy poco. Trataba de entender lo que había pasado, seguía un poco enojado con Joaquín, que ni siquiera lo miraba. Pero también estaba enojado consigo mismo.

Su madre fue a retirarlo a la salida del colegio, y antes de ir a su casa pasaron por la de sus abuelos.

- ¿Qué te pasa? -, le preguntó su abuelo. – Estás muy raro hoy, ¿tuviste un mal día en el colegio?

Aunque al comienzo le costó un poco, Pedro terminó contando lo que le había sucedido, y le dijo que se sentía muy raro, enojado, pero más que enojado... "raro", no entendía la actitud de su compañero con él, cómo Pedro había llegado a golpearlo, y por qué su compañero no lo acusó.

Entonces su abuelo le dijo:

- Antes de reaccionar hay que ponerse en el lugar del otro...
- ¿Cómo es eso? ¿Qué es ponerse en el lugar del otro? Preguntó Pedro muy intrigado y más confundido que antes.

El abuelo le explico que todas las personas pueden tener sus días buenos y sus días malos...

- Pero yo tenía un día bueno, hasta que se cruzó Joaquín-. Interrumpió Pedro.
- ¿Y Joaquín? ¿Tenía un día bueno?... Eso es ponerse en el lugar del otro, antes de hacer algo de lo que nos podemos arrepentir, hay que pensar en ¿cómo se siente la otra persona? ¿qué le estará pasando para actuar así?

Al otro día, en el colegio, Joaquín estaba solo sentado bajo la sombra de un árbol. Su mirada estaba perdida, parecía que miraba hacia el piso, pero en realidad no estaba mirando nada. Sus pensamientos lo habían transportado a otro lugar. Pedro lo observó por un largo rato antes de decir algo, hasta que por fin se animó:

- ¡Hola! – el tono de su voz fue tenue, por temor a que no la haya escuchado, ya que no vio reacción en el otro niño, aclaró su garganta y volvió a decir, esta vez un poco más fuerte:
- ¡HOLA!

El niño sentado, apenas dirigió su mirada hacia Pedro, sin siquiera levantar la cabeza y volviendo sus ojos hacia la nada dijo:

- No tengo ganas de pelear, déjame tranquilo.

Esta vez Pedro no se enojó, recordó lo que le había dicho su abuelo. Se sentó a un costado y con mucha calma le preguntó:

- ¿Qué te pasa?... estás triste...

Joaquín se demoró un tiempo en contestar, pero por fin comenzó a hablar...

- No quise tirar tus cosas, ni empujarte... (hizo una pausa, dudo un poco en decir lo que seguía) mi abuelo siempre estuvo conmigo, me llevaba a la plaza, me hacía jugar, me daba consejos, algunas veces cuando no entendía las tareas del colegio, me enseñaba... aunque a veces yo terminaba enseñándole a él...

En ese momento una sonrisa se le dibujo en el rostro, pero rápidamente desapareció, y luego de una pausa continuó.

- Mi abuelo... ya no está conmigo... - sus ojos se llenaron de lágrimas - mi abuelo se murió.

Joaquín no pudo aguantar más, y comenzó a llorar.

Pedro pensó en su abuelo, en cómo se sentiría si lo mismo le hubiese ocurrido a él, pensó también en lo que pasó el día anterior, fue recordando paso por paso todo, y entendió... se sintió muy apenado por su comportamiento. Ahora comprendió lo que trataba de explicarle su abuelo... "Antes de reaccionar hay que ponerse en el lugar del otro y pensar en cómo se siente".

No le dijo nada, solo se quedó ahí sentado a su lado y le puso su mano en el hombro. Luego de un rato, Joaquín se había calmado. Entonces, cambiando de tema le dijo:

- ¿Te gustan las figuritas de pockemon?, ¡mira, yo tengo un montón!

Y así, sin más vueltas, se pusieron a jugar con las figuritas de Pedro.

Desde ese día se hicieron buenos amigos, y Pedro aprendió una lección que aplicaría siempre y que lo haría un chico muy especial y querido por todos sus amigos: "Siempre antes de reaccionar hay que ponerse en el lugar del otro", la comprensión puede evitarnos muchos malos momentos y quien sabe quizás ganemos la amistad y el respeto de los otros.

FIN